

de llevar vida precaria. Porque la escultura es la divinización de la forma; la escultura es pagana; la escultura agiganta al hombre en el MOISÉS de Miguel Angel, ó lo hermosea en el Apolo; pero no puede expresar lo que sólo se expresa bien con la mirada, el éxtasis, el ensueño, el amor sobrehumano de una Santa Teresa de Jesús, la belleza del cuerpo demacrado, el triunfo del espíritu sobre la materia.

Se echa de ver en gran número de estatuas griegas, particularmente en las que representan á las divinidades, que la expresion del rostro es vaga ó indeterminada. Los críticos de la escuela idealista inventaron, para explicar esa uniforme inmovilidad, un término acomodaticio y nada claro. El arte griego—decían ellos—expresa ante todo "la belleza pura," la cual, á no dudarlo, perdería su pureza en cuanto se ligara á pasiones y sentimientos contingentes. Mas como á cualquiera ocurre preguntar, oído lo anterior, en qué consiste la belleza pura, y á tal pregunta nada contestan los autores, lógico es deducir que la antedicha explicación no explica nada.

Sin extraviarnos en el laberinto de esa metafísica especiosa, debemos simplemente convenir en que esa inmovilidad de las fisonomías se explica, en la estatuaria griega, por el concepto que tenían los griegos de la dignidad humana, y con mayor razón, de la que atribuían á sus deidades. La impasibilidad y la serenidad, lo mismo para ellos que para los otros pueblos del Oriente, lo mismo para los epicúreos que para los estoicos, constituían el ideal supremo, y poco importa que unos las designaran con el nombre de *ataraxia* y otros con el de *apathía*, si la idea connotada por estos dos vocablos era idéntica. Consideraban que las pasiones no eran dignas del hombre, y tal creyendo, menos habían de suponerlas en los dioses.

¡Cuán opuesto ese ideal al ideal cristiano, que ensalza, que diviniza el sufrimiento! ¿Ni qué de raro tiene que en una sociedad profundamente cristiana, como es la nuestra, se entregue el arte á los éxtasis de la pintura, mejor que á las desnudeces olímpicas de la estatuaria? El Cristo no ha de ser hermoso como hombre, sino hermoso como el dolor, que sabe perdonar; como la caridad, que logra redimir. No examinamos si sus brazos tienen las seducciones de la línea; sólo queremos que estén abiertos como llamando á todos los que sufren. En la Virgen María, en la Virgen Madre, no buscamos la belleza ni el atractivo de la gracia. ¿Cómo habíamos de buscarlos, si somos hijos de ella y para el hijo siempre la madre es santamente hermosa?

La escultura incapacitada para expresar, en formas asequibles para el vulgo, los arrobos y los anhelos del espíritu, vivió supeditada al rico arte pictórico, más de nuestra cristiana religión y más de nuestra raza, no abundante en modelos de hermosura. Los escultores dedicábanse á levantar sepulcros, mausoleos, á

esculpir estatuas yacentes, ó profanando y envileciendo el arte de ellos, á tallar en madera ridículas figuras de Santos, diferentes en el color y corte de los trajes, en el tocado y atavío, pero iguales en la expresión seca y monótona del rostro. Unos con mitras, con cascotes otros; éste con la sotana blanca de los dominicos, aquél con manto regio; pero todos igualmente desabridos y falsos, todos santos de oficio y pacotilla.

Los que sustituyeron á los dioses en la escultura fueron los héroes y los príncipes. Y la razón es obvia, porque el héroe es el semidiós, es el hombre que sobresale de entre los demás, y los domina y los subyuga y los arrastra. En el santo, en el varón justo, en el bienaventurado, la carne ha de estar castigada, azotada, desangrada por las puas del silicio; el santo puede ser lívido y hasta físicamente repugnante, las actitudes propias de él son las humildes, y la virtud que en todo él ha de sentirse como blando perfume, es la virtud de la castidad.

El héroe, en cambio, es el más robusto, el más apto para la lucha por la vida, es el atleta, es el púgil, es el guerrero, es el gigante. Se presenta casi desnudo, luciendo sus recios músculos, el pecho, los formidables hombros y las piernas, al par gruesas y ágiles. Ese es el tipo que se perpetuará en bronce y mármoles: ese es del estatuario. También de éste son los príncipes, los soberanos, los magnates, no porque ellos sean siempre dignos de que la admiración les erija estatuas, ni mucho menos porque sean hermosos, sino porque la adulación se complace interesadamente en presentarlos hermoeados con la arrogancia y pompa de los césares y de los antiguos vencedores.

En México, hablo del México independiente, por desventura para el escultor, no había monarca ni se rendía culto á los héroes. Nuestros héroes son de ayer, por así decirlo. Todavía se disputa acerca de los títulos que tienen á nuestra gratitud, á nuestra admiración y á nuestro amor. Esas sombras augustas aun están combatiendo, unas con otras, fuera de la vida. Cesa la pugna á ratos; pero apenas se oye choque de armas y de escudos, apenas azota el aire la bandera, ó se prende una fogata en cualquiera de los opuestos campos, renuévase crudamente la contienda, y las gloriosas sombras, levantándose, prosiguen el interrumpido batallar.

Nuestros héroes son de ayer y no pudimos sublimarlos en la imaginación ni darles aspecto y atavío que no tuvieron. Están en el retrato, en la fotografía, en la memoria de algunos ó de muchos. El escultor tiene que dar á las estatuas de ellos el parecido necesario. No le es dado fantasear ni representar al personaje tal como se lo figura, por las condiciones morales que lo singularizaron. Otros grandes hombres tienen leyenda; los nuestros nó, nada más tienen historia. No los vemos agrandados ni embellecidos, sino tal como fueron; y ni aun eso muchas veces, por-